

18.D.5

JORNADA
=

**Primeras
Jornadas Internacionales
de
Literatura Argentina /
Comparatística**

Actas

POLLMANN, L.

Discurso poético, discurso filosófico ...

*Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
18 - 20 octubre, 19.*

hombre enfrenta su otredad permanente; hacia afuera, donde la relación con el universo es homóloga a la humana. Obviamente, se desprende también la cuestión de los espejos en Borges y de la abolición de las categorizaciones tradicionales del tiempo y del espacio.

- (7) Barrenechea, Ana María: "De la diversa entonación (sudamericana) de algunas metáforas (universales)", conferencia pronunciada en el Simposio Internacional de la Universidad de Puerto Rico, febrero de 1987, reproducida en *Espacio de crítica y producción*, nro. 6, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., B.A., oct-nov. 1987.
- (8) Luis Harss, op. cit., pág. 156.

Discurso poético y discurso filosófico en Borges

Leo Pollmann
Universidad de Regensburg, RFA

Borges tuvo, indudablemente, una predilección por textos filosóficos. Abundan, en sus obras, nombres y citas de filósofos tales como Berkeley, Schopenhauer, Hume, Leibniz, Russell, Platón, Aristóteles y Plotino. Pero también se encuentran, en ellas, numerosos pasajes que ironizan la sapiencia de los filósofos y los logros de la filosofía. A los metafísicos de todos los tiempos, Borges les otorga el rango de maestros de la literatura fantástica¹, especialmente si son alemanes.² De los metafísicos de Tlön dice que «saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos» («Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en *Obras* 1, 436). Pero el mismo Borges dice de la metafísica que es «única justificación y finalidad de todos los temas» (*Ibid.*).

Además, llama la atención que algunas de las fórmulas desaprobantes citadas caractericen, a manera de poética inmanente, aspectos del arte borgeano. Los cuentos de Borges pueden ser, en efecto, calificados con las palabras que el mismo Borges usa para caracterizar a los metafísicos de Tlön, a saber de «metafísica hecha rama de literatura fantástica»; son un modo de buscar no la verdad ni la verosimilitud, sino el asombro; no insisten en tener razón y tampoco en no tenerla.³

Asoma aquí, la raíz socrática del cuento borgeano: su autor sabe que no sabe de veras y ni siquiera está seguro de que no sabe. Borges presenta cuentos infinitamente abiertos. Dice, en *Historia de la eternidad*, «el estilo del deseo es la eternidad». Su estilo, su modo de narrar, es una manera de entregarse a un deseo infinito; es, por ello, una forma de eternidad. No se trata de un deseo de eternidad metafísica, como en Unamuno. El deseo se vuelve estilo, y la eternidad anhelada estriba en ese estilo. Es una eternidad específicamente literaria.

Borges, al partir de esta concepción del estilo, entra en la línea de lo que Hugo Friedrich, en su estudio fundamental sobre *La estructura de la poesía moderna*, llamó

la trascendencia vacía. Mallarmé y Valéry eran conscientes de que no podían realizar de veras su proyecto de alcanzar el ideal absoluto. «l'azur», pero sabían que buscarlo confería a su poesía una fuerza de convicción poética incomparable, y por eso no quisieron renunciar a él.

Borges no se contenta con mentiras. Es como los filósofos: busca en todo la verdad y la verdad de todo.

Historia de la eternidad es un primer paso en esa dirección. El ensayo, que ya desde su título se presenta como un oxímoron provocante, procede en forma de desafío socrático dialéctico. El tiempo le interesa a Borges como un modo de pensar la eternidad. «La eternidad», dice, «es una imagen hecha con sistema del tiempo», es una «burla enriquecida por los desacuerdos humanos» para expresar la idea de un tiempo ilimitado. Así suele ocurrir cuando hablamos de eternidad y tratamos de imaginarla. Santa Teresa de Jesús solía repetir, de niña, la palabra «siempre», para pensar la eternidad como un tiempo que no se acaba nunca.

No es que Borges trate realmente de reemplazar la eternidad por una temporalidad infinita. Le interesan mucho más las tentativas por superar la idea de la temporalidad y pensar la eternidad en sí como simultaneidad perfecta en la que pasado y futuro llegan a ser presente.

Por eso recurre, en *Historia de la eternidad*, a sistemas teológico-filosóficos en los que el pensamiento logra pensar la simultaneidad, en particular a los de Plotino y de San Ireneo. En San Ireneo le fascina y le divierte también la idea de la Trinidad, más exactamente, la de un doble proceso más allá de la temporalidad—generación del Hijo por el Padre, emisión del Espíritu por los dos—que «no aconteció en el tiempo, sino que agota de una vez el pasado, el presente y el porvenir» (*Historia de la eternidad*, en *Obras* 1, 359). Escepticismo burlón y fascinación van juntos cuando dice: «La buena conexión y destinación de las tres hipóstasis del Señor, es un problema inverosímil ahora, y esa futilidad parece contaminar la respuesta; pero no cabe duda de la grandeza del resultado siquiera para alimentar la esperanza: *Aeternitas est merum hodie, est inmediate et lucida fruitio rerum infinitarum*» (*Ibid.*). Borges repetirá varias veces esa fórmula en sus obras: «La eternidad es el mero hoy, es la fruición inmediata y lúcida de cosas infinitas». La frase tiene, para él, un particular encanto poetológico: expresa la meta que su «estilo del deseo» anhela.

Las citas de Plotino contenidas en *Historia de la eternidad* nos informan mejor aún sobre la dimensión filosófica de la poética borgeana. Borges cita del quinto libro de las *Enéadas*: «La Inteligencia Divina abarca juntamente todas las cosas. El pasado está en el presente, así como también el porvenir». La cita, si bien no corresponde literalmente al texto de Plotino, respeta plenamente el pensamiento plotiniano: el Uno,

como realidad divina, abarca todas las cosas. Otra cita sí se corresponde exactamente: «Todos están en todas partes, y todo es todo. Cada cosa es todas las cosas». Se expresa, en estas frases, la idea plotiniana de que, como el Uno lo es todo, todo es todo en el Uno.

Ahora bien, las tres frases citadas pueden pasar, también, como ideas claves poetológico-filosóficas de Borges, ideas capaces de explicar el trasfondo «metafísico» de su obra.

Puse «metafísico» entre comillas, porque Borges se sirve de estas ideas prescindiendo de su alcance teísta, propiamente metafísico. Para Plotino el Uno es un ser realmente divino, es Dios. Borges, significativamente, no habla nunca de ese Uno. Dice, por el contrario, «Para nosotros, la última y firme realidad de las cosas es la materia» (355 y s.). Esa máxima parece excluir la concepción de un principio generador fuera de lo material, metafísico.

¿Cómo puede Borges prescindir de lo que es la base del sistema plotiniano y retener el resto sin mentir a su vez, como mentían Mallarmé y Valéry?

¿Cuál es su posición respecto de la filosofía?

Vamos a tratar de responder a estas preguntas a través del análisis del discurso, o mejor, de los discursos de Borges.

En el discurso de Borges se incorporan a veces auténticos discursos filosóficos, porque cita a filósofos, por ejemplo a Plotino, caso que va a ocuparnos en particular. Cita, de las *Enéadas*, la siguiente frase: «Toda cosa en el cielo inteligible también es cielo, y allí la tierra es cielo, como también lo son los animales, las plantas, los varones y el mar» (317).

Ahora bien, ¿cuáles son las características de este discurso filosófico?

Primero, una aparente oscuridad intelectual.

Parece imposible entender la frase, aunque se dirija al pensamiento.

Segundo, la integración de la aserción en un sistema de pensamiento acerca de la verdad.

La oscuridad aparente proviene, en efecto, de que la frase es fragmento de una vasta explicación del mundo.

Tercero, su inteligibilidad a través de dicho sistema de pensamiento.

Integrándola en este sistema de pensamiento, el lector puede entender la frase.

Cuarto, la frase está formulada con sencillez, en un estilo, comparable a ciertos textos bíblicos a enunciados proféticos; no contiene ninguna metáfora ni otro tropos retórico de relieve.

Quinto, la frase no se refiere a nada en particular, habla de cosas universales.

Sexto, en ese dominio, es rigurosamente referencial y procede de forma lógica.

El discurso de Borges en *Historia de la eternidad*, parece compartir, a primera vista, esas seis características: se presenta de corte entre metafilosófico y filosófico, como lo son muchas veces los discursos de los filósofos, por ejemplo el de Platón en sus diálogos.

Borges dice: «Ninguna de las varias eternidades que planearon los hombres—la del nominalismo, la de Ireneo, la de Platón—es una agregación mecánica del pasado, del presente y del porvenir. Es una cosa más sencilla y más mágica: es la simultaneidad de esos tiempos» (317).

A Borges le fascina la idea de la eternidad y la magia de la simultaneidad de los tiempos, que ésta implica; pretende haberla encontrado en el nominalismo, en Ireneo y en Platón.

Es una enumeración bastante dispar, y con ello ya estamos llegando a una primera característica del discurso borgeano: Borges elige sus referencias con toda libertad. Antes había mencionado a Russell y su idea del infinito como hipótesis lógica; con «nominalismo» podría referirse a él. Con «Ireneo», remite a San Ireneo y su explicación teológica de la Santa Trinidad como simultaneidad en la que, al coincidir el padre con el hijo, no hay necesidad de pensar la sucesión. Y cuando, en tercer lugar, menciona a Platón, seguramente está pensando mucho más en Plotino.

El discurso de Borges es, pues, alusivo y para nada riguroso ni lógico; tiene hasta rasgos de mistificación. Por otro lado, vale de él también lo que hemos dicho del discurso filosófico, a saber que presenta una aparente oscuridad intelectual y que se explica por la integración en un sistema de pensamiento al que el lector debe recurrir para entenderlo. Puesto que la frase borgeana es tan sólo vagamente referencial, apela a la colaboración del lector y también a su sentido del humor y su rapidez mental. Se trata de aceptar que la verdadera verdad es sólo concebible como un acercamiento y nunca como posesión. El discurso borgeano no es, pues, rigurosamente filosófico. Es un discurso igualmente orientado hacia el conocimiento de la verdad acerca del hombre y de las cosas, eso es, del universo, pero en la forma lúdica de un acercamiento que se

sabe en última instancia inútil, incapaz de llegar a su fin. Es, por así decirlo, un discurso posfilosófico, basado en un escepticismo radical.

Surge una segunda diferencia característica, de tipo retórico. Si la frase de Borges es sencilla, si no contiene ningún tropos llamativo, despliega, sin embargo, un número considerable de tropos sencillos, de orden sintáctico. La primera frase se organiza en forma de paralelismo acentuado: son dos veces tres miembros aposicionales—la del nominalismo, la de Ireneo, la de Platón—y «del pasado, del presente y del porvenir». La segunda frase va ligada a la primera por el giro anafórico «es una». Produce, además, un énfasis a través de la repetición de «más» con adjetivo: «más sencilla y más mágica». Contiene, finalmente, un oxímoron al pretender que la cosa es «más sencilla y más mágica».

La sencillez del discurso de Borges es, pues, una especie de understatement y de humildad que encubre una riqueza mágica, fantástica.

El discurso borgeano difiere, pues, del filosófico de Plotino, en que es veladamente «trópico», para nada riguroso y orientado hacia el conocimiento de la verdad de las cosas y del hombre en forma alusiva de acercamiento entre lúdico, mágico y fantástico, y ello a base de un agnosticismo fundamental y la convicción de no poder nunca llegar de veras a conocer la verdad.

El discurso poético de Borges, el de sus poemas, más exactamente, no difiere esencialmente de este discurso fundamental borgeano. Es, más bien, tan sólo una realización muy rica y densa de él.

Cito de «Jactancia de quietud»:

Escrituras de luz embisten la sombra, más prodigiosas
que meteoros.

La alta ciudad inconocible arrecia sobre el campo.

Seguro de mi vida y de mi muerte, miro

los ambiciosos y quisiera entenderlos.

Su día es ávido como el lazo en el aire.

Su noche es tregua de la ira en el hierro, pronto
en acometer.

Hablan de humanidad.

Mi humanidad está en sentir que somos voces de
una misma penuria.

Hablan de patria.

Mi patria es un latido de guitarra, unos retratos
y una vieja espada,

— la oración evidente del sauzal en los atardeceres.
El tiempo está viviéndome.

(Luna de enfrente, en *Obras* 1, 62)

En estos versos, metáforas, personificaciones y comparaciones invaden el campo de la enunciación, le quitan toda referencialidad inmediata, la hacen replegarse hacia su propia organización densa, de discurso poético aparentemente autista, pero en verdad sumamente orientado hacia una verdad en última instancia inefable.

El tema de los versos es, evidentemente, filosófico. Lo atestiguan términos y giros como «escrituras de luz» en oposición a «sombra», «inconocible», «seguro de mi vida y de mi muerte» y «entenderlos».

El primer verso podría en sí ser o expresión de una visión apocalíptica o una circunscripción metafórica de lo que es la poesía de Borges. Es, en efecto, escritura de luz que embiste la sombra; es entendimiento que se ataca a la oscuridad de lo que no delata su sentido ni ser. El poeta sabe que lo que él está investigando, está, en principio, más allá de lo conocible; él es un agnóstico. Pero sabe también que esa «alta ciudad inconocible» de la verdad última y primera «arrecia sobre el campo». La puede ver y evocar poéticamente y hasta acercársele y conocerla mejor, aún si de forma vaga.

Además, el yo lírico emprende tal tarea con por lo menos una o dos verdades en manos: está seguro de su vida y de su muerte. Es su «cogito», su verdad inmediata, dada por su propia existencia y una intuición no de tipo intelectual puro, como en Descartes, sino de tipo existencial.

A partir de esta humilde base somete a prueba a los que andan ambiciosos hablando de «humanidad» y «patria». A tales palabras esenciales, de peso, él opone su sabiduría socrática: «somos voces de una misma penuria». El poeta está seguro de su vida y de su muerte, pero no sabe nada en absoluto con seguridad. Es hijo de la penuria. Y si esos ambiciosos hablan de patria dando a esa noción el peso de una esencia firme, para él «patria» quiere decir cosas en parte muy concretas, pero al mismo tiempo y a través de estas cosas, algo indecible: «Mi patria es una latido de guitarra, unos retratos y una vieja espada, la oración evidente del sauzal en los atardeceres».

Sería difícil decir exactamente a qué se refiere Borges aquí más allá de los objetos mencionados. El «latido de la guitarra» evoca el lado criollo y orillero de la patria. Los retratos podrían referirse a recuerdos y rostros de antepasados; «la oración evidente del sauzal» a cierta indecible unión con algo más inefable aún, que está en íntima relación con el tiempo vivido en y con la patria.

El discurso poético tiene, pues, en Borges, la misma finalidad «filosófica» que el ensayístico: se trata de conocer la verdad acerca del hombre y del mundo. Y conocer, en este caso, quiere decir acercarse a algo en sustancia inconocible, a través de imágenes, metáforas, personificaciones y todo un discurso poético muy denso, muy «poésie» en el sentido de Qu'est-ce que la littérature. Y ello no es una desviación, sino una manera de expresar «la alta ciudad inconocible» que «arrecia sobre el campo». El discurso referencial no podría alcanzar la ciudad celeste de la eternidad, pero el discurso poético puede evocar su presencia «sobre el campo». Es lo que hace Borges en su poesía.

Obras citadas

Arana, Juan. *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges*. Navarra: Ediciones Universidad de Navarra, 1994.

Barrenechea, Ana María. *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina, 1984.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Barcelona: Emecé, 1989. 3 vols.

Núño, Juan. *La filosofía de Borges*. México: 1986.

Notas

1. «La filosofía y la teología son, lo sospecho, dos especies de la literatura fantástica» (*La cifra*, en *Obras* 1, 280).
2. Ya en el terreno filosófico, ya en el de las novelas, Alemania posee una literatura fantástica—mejor dicho, sólo posee una literatura fantástica» (*Historia de la eternidad*, en *Obras* 1, 412). En *Discusión*, Borges hace una lista de ocho grandes metafísicos presentándolos como maestros de la literatura fantástica, y la lista contiene tres alemanes: Alberto Magno, Leibniz y Kant (280).
3. Cito según Barrenechea 13. Sobre Borges y la filosofía, ver también Juan Arana.